

ido convirtiendo en el dolor de todos y en la carne que sustenta los espasmos de los poetas.

Y si hacer literatura es una necesidad vital en tiempos de paz, es sobre todo, una necesidad mortal en tiempos de guerra. Necesitamos, el poeta necesita gritar su desesperación, su ahogo, su tragedia al mundo; aunque sea que con ello se le va la vida. Y si no, que nos lo digan Roque Dalton, Jaime Suárez Quemain y tantos otros que murieron gritando su indignación al mundo.

La revista LETRAS y, a través de ella, los que trabajamos en el departamento, -queremos ser voz, imagen, palabras, LOGOS para los quejidos del pueblo. Ojalá lo gremos dar con la palabra justa, con el término preciso que recoja todo ese doloroso proceso de consolidación de nuestra identidad nacional. Ese es nuestro deseo, y eso es lo que queremos comunicarles ahora.

Rafael Rodríguez Díaz

EL MUNDO DE LA NUEVA POESIA SALVADOREÑA

Moribundo estarás, país clamante,
moribundo y tundido y desollado;
pero hay un hilo de agua en tu costado,
y es un agua más pura que un diamante.

(David Escobar Galindo: "Sonetos Penitenciales")

He dicho, en otro comentario, que la raíz de la poesía es la realidad, la vida -fúlgida o muriente- que se desarrolla en cualquiera de las regiones de la realidad: en la región de la naturaleza, en la región del alma humana, en la región de la vida social. Y también he dicho que hay otra poesía que arranca de algo que yo, como otros, llamo REALIDAD PRIMERA; mejor dicho, que arranca del encuentro del hombre -en actitud positiva o negativa- con esa realidad primigenia: el CREADOR.

Así, y dependiendo también de la "propensión contemplativa" del poeta, es que va a surgir la poesía que canta al rostro de la naturaleza, la poesía cuyos temas son los grandes conflictos y las grandes realizaciones del siquismo humano, la poesía que arranca de la vida social, de su tambaleo o de su hecatombe. Así es como también va a surgir la gran poesía mística que hablará, a veces en lenguaje hondamente cifrado, de esa relación del hombre con el rostro de Dios... y de lo eterno.

He dicho también que todo poeta es un estilo. Un modo propio de decir sus temas -sus propensiones contemplativas- con el material lingüístico que le pertenece. Pero también he expresado que ese estilo, si bien tiene raíces profundamente vinculadas con la estructura interior del poeta, está fuertemente matizado por las condiciones de la historia social en que el proyecto personal del poeta se va desarrollando. Es el vidrio de la ventana de Goethe que, una vez roto por el hondillazo que viene de fuera, obliga al poeta a poner sus ojos en esa región de la realidad y de la vida -la región social- y a hacerse cargo de ella, llevándola como temática de su creación, aun cuando su propensión contemplativa predominante no sea exactamente la que está dirigida a vérselas con el drama de la historia social.

Tal es el caso de la actual generación de la poesía salvadoreña. Los jóvenes poetas de El Salvador -muchos de ellos con una propensión natural y legítima al canto a la naturaleza, o a las turbulencias y remansos del siquismo humano -no han podido eludir el hondillazo de dolor, que nos ha herido rostros y almas, con motivo de la gran tragedia nacional que se nos vino encima.

Se puede tener cualquier interpretación del sentido, de las bambalinas y de la dirección que subyacen detrás de la sangría de la nación. Se puede estar más o menos cerca de cualquiera de los filones que se enfrentan, o se puede estar en el punto del desconcierto, en la postura de quien no logra entender lo que acon-

Hem.
PO
7081
AI
T147
SIV

R 57384
7-2

3

tece y sólo recibe las salpicaduras de la sangre vecina, o la herida de muerte -directa o contingencial- provista de un ropaje de la sinrazón más absoluta. Pero una cosa es cierta: el dolor nos ha tocado a todos. Todos hemos pagados nuestra cuota de sufrimiento ante el rostro de la muerte, o ante la helada y altanera presencia de una ausencia que quizás será irrecuperable.

Y si alguien ha sentido profundamente la conmoción por este descalabro de la vida, es el poeta. Si alguien ha sentido la trepidación, el desplome, las espinas del odio -cualquiera que sea su signo-, la carrera quemante de las lágrimas -cualquiera que sea también su signo, ya que todo dolor humano, primero que todo es eso: humano -ha sido el poeta.

Así, a esta generación joven le tocó recibir el aluvión del sufrimiento, -tamizarlo, convertirlo en expresión que puede ser remanso para el sufrimiento de ahora, o luz para la historia del mañana. Y le tocó también una tarea más dura: levantar de los escombros la cuarteada esperanza en la vida, la ensangrentada fe en el sentido de los haceres humanos, y hacerlas refulgir por encima de la amargura, del odio ciego, enfilado y afilado. Le tocó hacer subir el débil destello de un auténtico humanismo por encima del ensordecido norte de las proclamas.

Pero en esto hay que matizar. Sinceramente hay que matizar para no caer en una generalización insostenible e insana.

Hay poeta que escribió y escribe, con convicción o sin ella, desde el mandato, desde la línea táctica. Y esto debe tener algún valor... extraliterario, quizás. Sólo el tiempo podrá decantar y rescatar lo que de valor literario queda en la expresión poética dirigida desde el ángulo que fuese.

Hay poeta que cantó y que canta, lleno de convicción o sin ella, porque decir todo lo que precisa decirse en estas hecatombes humanas, si se tiene tal convicción es expresión y realización plena y auténtica. Si no se la tiene, es sólo la oportunidad de amasar la arcilla de la propia estatua con la sangre de los demás. Se puede, a veces, buscar el pedestal egoísta mediatizando el sufrimiento humano. Se logra estar de moda. Se logra buena fama. Se cumplen los dictados. Y allá que la hecatombe desarticule el alma. Y allá que la vida busque sus propias muletas. El tiempo, también sólo el tiempo, va a decantar y rescatar lo que es profundo y genuino.

Hay, finalmente, otro poeta que escribió y escribe doliéndose del hombre. Fiel a la lágrima ajena, fiel a su propio sentimiento y aguantando, además, desde abajo y desde adentro, el peso y el sobresalto del dolor. Colocado, quizás, no en las orillas opuestas de la turbulencia inmanejable, sino en el vórtice que agolpó todas las fuerzas. Y esta fidelidad al hombre, a su historia y a él mismo, lo llevó a crear una poesía humanista, profunda. Valiente, sin ser sectaria. Enraizada en la vida, sin estar amarrada a un eslabón, o precedida de un antifaz de cualquier color y signo.

Este es el panorama de la generación poética actual, su mundo, tal como yo lo veo ahora. Enfrentamiento con el dolor -desde el nivel de autenticidad que sea, desde el mandato o la intención personal que sea -pero enfrentamiento con el dolor. Serán el tiempo y el criterio literario los que determinarán lo que de todo esto quede con valor de poesía, de cartel, de manifiesto o de pancarta, sin que estos últimos términos yo los vea peyorativamente, cualquiera que sea el lado al que pertenezcan. Lo que trato, sencillamente, es de deslindar lo que estrictamente pertenece a un terreno o a otro de la acción humana.

Bien. Esta mañana, en este acto de presentación de la revista LETRAS, hemos invitado a dos poetas jóvenes cuya poesía no ha podido evadir la nota dolorosa de la historia de este tiempo y, al no evadirla, la han tomado de frente y desde la raíz humana más profunda.

Nada sé de sus historias personales. Nada sé de su alejamiento o acercamiento a los márgenes de esta turbulencia. Sólo sé que de ellos, como de otros poetas que están trabajando con autenticidad y oficio, está naciendo una poesía que es aliento para el hoy y luz para la historia del mañana. Sólo sé que su poesía es enraizada, ENCLAVADA en el hombre, en nuestro hombre y en nuestro dolor. Y hablo de una poesía ENCLAVADA porque personalmente esquivo ese término de poesía COMPROMETIDA, por cuanto este epíteto, COMPROMETIDA, me parece ya tan gastado, manipulado, tan vacío de contenido, que está terminando por ser un equívoco más que un acierto de tipificación.

Así, pues, poesía enclavada, solidaria con el dolor de nuestra tragedia, es la que oiremos en este mediodía, directamente de sus autores: ANA DEL CARMEN GONZALEZ DE VASQUEZ, estudiante de Letras, y OSWALDO CAMINOS, estudiante de Fi-

losofía.

Oigámoslos. Degustemos su poesía que, estoy seguro, tiene valores expresivos y raíz humana.

Francisco Andrés Escobar.

LOS PROXIMOS NOSOTROS

Ellos, los que persiguen vuestras huellas
 dirán, pues, ¿Cómo fueron?
 ¿Qué construyeron con fulgor de lunas?
 ¿Qué oculta llama les alumbró las noches?
 ¿Cómo fue el alba de pedernal y dudas
 en que reconocieron las luces de su hombre y su destino?
 ¿Y cómo, después de haber llegado al páramo difícil
 de esta sola certeza,
 lo poblaron de estrellas, de cucharas y llantos,
 de conquistas anónimas y caídas perentorias,
 de manos que salvaban o hacían descalabros?

Ellos, los que nos vigilan el rastro, en el mañana
 dirán ¿Cómo pudieron
 no comerse las uñas frente a las arideces de los desengaños?
 ¿Cómo no claudicaron, cómo se levantaron de todos los escombros?
 ¿De dónde vino la ciega decisión de andar sin pausa
 y la sonrisa como una flor en la solapa
 de un hombre sin camisa?

Ellos, los que nos custodien la historia y la espeanza
 sabrán que no robamos nuestra parte en la rosa,
 que tenemos derecho al calor de esa llama
 y a la dulce certeza de una vida más alta.

Ellos, los que nos continúen
 los que nos perpetúen y nos nombren
 sabrán que fuimos locos, insomnes desvariados,
 que nunca escatimamos sudores y sollozos,
 que no fuimos perfectos, ni importantes
 y que dejamos las huellas y el silencio
 sobre los negros rostros de las calles.

Pero ellos, cada uno,
 aunque no sepan cómo nos llamamos,
 sabrán bien quiénes éramos
 qué caminamos
 cómo nos vestimos
 de salobre experiencia
 y cómo nos descubrió el amanecer de nuestro día.

Por ellos, para ellos
 construimos con insomnio y con flaquezas
 ese sitio y momento
 donde sea imposible que el olvido nos halle
 y nos triture implacable.
 Ellos son nuestro cómo,
 nuestro por qué y por cuánto
 nuestra mejor justificación contra la muerte
 la más pura razón para haber existido.

Ana del Carmen González de Vásquez

Septiembre / 81.